

Consolación y desolación (3)

Cardenal Tomáš Špidlík, SJ (†)

El autor, jesuita nacido en 1919 en Moravia y fallecido en Roma el día 16 de abril de 2010, fue profesor del Instituto Oriental Pontificio; desde 1991 vivía y trabajaba en el Centro Aletti (Roma). Es conocido y apreciado en el mundo entero como estudioso de teología espiritual patristica y oriental. Muchas de sus innumerables obras se han traducido al castellano.

■ DESOLACIÓN ESPIRITUAL ■

Los enfermos sienten a menudo aversión por los alimentos. A menudo ocurre una cosa similar en la vida espiritual: un hastío hacia la devoción, la aversión por las reflexiones y los discursos sobre Dios. Este estado también puede ser culpable. Quien se ocupa de buena gana a intereses no espirituales no podrá sentir demasiada atracción por la oración, por una visita a la iglesia, por los sacramentos. La antigua experiencia nos enseña que nunca es demasiado atractivo lo que se hace con negligencia y con superficialidad, lo que no ejecutamos con todo el corazón.

El hastío y la aversión hacia la piedad llega también a menudo a aquellos que se dedican al servicio de Dios con gran ardor. Si dos van juntos y uno se apresura, el otro se queda atrás. Tal separación se produce también dentro del hombre. La voluntad tiene prisa, quiere ejecutar cuanto antes todo bien. Se da, entonces, un sentimiento de vacío como el que tiene quien ha dejado la casa vieja y no ha encontrado todavía la nueva.

Santa Catalina de Génova escribe en su *Tratado sobre el purgatorio*: «Me parece como si mi espíritu estuviera

lejos de todo lo que pueda consolarlo. No deseo ni las cosas espirituales ni las mundanas». La santa cree que este es el estado de las almas en purgatorio. Si ocurre en la tierra, tiene también aquí el mismo sentido: purificación del alma.

Este descontento aparece en diversas formas. Generalmente lo llaman desolación. Al principio se denomina también «aridez espiritual». Hacia el final se presenta como un trágico abandono por parte de Dios. San Juan de la Cruz habla de una doble «noche». Sequedad y descontento pertenecen a la «noche de los sentidos». El sentimiento de estar abandonados por Dios es la «noche del espíritu». Según Juan Taulero, cada cambio viene precedido por un «doble invierno». Igual que los cambios en la naturaleza están acompañados por obstáculos y dificultades, así también son difíciles los períodos de crecimiento espiritual. La tormenta en el lago persigue a los discípulos de Jesús durante la travesía «a la otra orilla» (cf. Mc 4,35ss.).

«Llamo desolación –escribe san Ignacio– a todo lo contrario de la tercera regla; así como oscuridad del alma, turbación en ella, inclinación por las cosas bajas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a desconfianza, sin esperanza, sin amor, hallándose el alma toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Creador y Señor».

Conocemos las desolaciones de la vida cotidiana bajo forma de pereza, de descontento, de aversión, etc. Se trata normalmente de humores pasajeros, momentáneos o duraderos. En las biografías de los santos, por el contrario, leemos las duras pruebas que exigían una fuerza heroica. Lo que nos escribe san Juan de la Cruz sobre la «noche oscura llena de angustia» lo vivió él en primera persona.

Santa Juana Francisca de Chantal pasó, durante tres años, difíciles pruebas interiores de las cuales se repuso muy poco a poco y bajo la guía de san Francisco de Sales. También santa Teresa del Niño Jesús se mostraba afligida por su vida en la Orden carmelita que tanto había deseado: «Allí encontré a mi esposo, pero el esposo de las lágrimas y no de las sonrisas». Le parecía como si entre ella y el cielo hubiera «un muro cada vez más alto e impenetrable». Incluso la última mañana antes de morir suspiraba: «Es una verdadera agonía, no hay ni siquiera una gota de consuelo. Nunca habría podido creer que era posible sufrir tanto».

San Felipe Neri afirmaba: «La vida del hombre espiritual es primero un consuelo, luego una prueba y más tarde aún prueba y después nuevo consuelo y luego de nuevo prueba». Más pesado es este sentimiento de abandono si se le añade que Dios nos castiga, nos persigue con su justicia. Santa Teresa describe ese momento: «Tenía la impresión de ser tan mala que parecía que era yo la culpable de todos los pecados, de todo el mal, de todas las herejías que sumergían al mundo». Luego continúa: «Semejante prueba rompe el alma de forma que parece perder para siempre su unidad».

El más grave abandono lo viven algunas almas elegidas. Les parece como si Dios se apartara cada vez más. En tiempos de sus estudios en París, san Francisco de Sales sufría largamente de este estado. Jean-Jacques Olier escribe en su diario que le parecía ser Judas, y que contra él se posicionaban todos los ángeles y los santos.

■ ¿CÓMO COMPORTARSE EN LA DESOLACIÓN? ■

Para hallar una actitud adecuada, antes debemos examinar cuál es el origen de las desolaciones. Los autores

antiguos hablan, en primer lugar, de los ángeles malignos. Nosotros preferimos buscar antes las causas naturales.

El gusto y el disgusto por la oración pueden venir también de circunstancias externas (frío, calor, concordia o disputas con los otros, etc.), de las disposiciones del cuerpo (lucidez, insomnio, fatiga, etc.), del carácter (optimismo, pesimismo, etc.). Hay quienes no saben organizar el propio programa, su trabajo, su oración, y por eso están llenos de inquietud. Rezan mal y distraídamente, entonces sin alegría. Quien, por el contrario, ha aprendido a orar bien lo hace con mucho gusto. Estos esfuerzos naturales, evidentemente, no excluyen los influjos sobrenaturales. Dado que la desolación nos distrae de los deberes hacia Dios y nos impulsa a buscar placer en las cosas bajas, sexuales, inmorales, «proviene del diablo», dicen los autores espirituales. No hay que ceder a ello.

«Dejarlo todo»: es el primer pensamiento que se presenta en el estado de desolación. San Ignacio estableció, así, esta regla: «No hacer mudanza, mas estar firme y constante en los propósitos y determinación en que estaba el día anterior a esa desolación». Al no cambiar nuestros propósitos, cambiamos nosotros mismos, porque llegamos a ser más firmes y más constantes. Y esta constancia debe ser también reforzada. Si, por ejemplo, sentimos la aversión hacia la oración, iremos aún más!

Decimos que la desolación «proviene del diablo», pero de esto no se sigue que se da solo para perjuicio nuestro. Dios permite también el mal para que exista la ocasión de hacer el bien. En cuanto a la desolación, escribe san Ignacio, Dios la permite por tres razones: 1) como castigo, 2) como prueba, 3) como enseñanza.

A menudo somos «tibios, perezosos y negligentes en los ejercicios espirituales y así la consolación espiritual se

aleja de nosotros a causa de nuestra culpa». Pero Dios nos pone a prueba también para probarnos «para cuánto somos, y en cuánto nos alargamos en su servicio y alabanza, sin tanto estipendio de consolaciones y crecidas gracias». Por último, nos servirá mucho el conocimiento y la experiencia de «que no es de nosotros traer o tener devoción crecida, amor intenso, lágrimas ni otra alguna consolación espiritual, mas que todo es don y gracia de Dios nuestro Señor».

La desolación, pues, es un buen remedio contra la autosuficiencia espiritual, es una escuela de paciencia, de confianza en Dios: «El que está en desolación considere cómo el Señor le ha dejado en prueba con sus facultades naturales, para que resista a las varias agitaciones y tentaciones del enemigo; pues puede con el auxilio divino, el cual siempre le queda, aunque no lo sienta claramente». «¡Quien está en desolación trabaje por mantenerse en paciencia, resista a los obstáculos y piense que será pronto consolado!» •

(Traducción del original italiano
realizada por Pablo Cervera Barranco)



Ave Regina coelorum: antífona mariana cuaresmal

Pablo Cervera Barranco

Ave, Regina coelorum.

Ave, Domina Angelorum:

*Salve radix, salve porta,
ex qua mundo lux est orta.*

Gaude, Virgo gloriosa,

Super omnes spetiosa:

Vale, o valde decora,

et pro nobis Christum exora.

Salve, Reina de los cielos,
y Señora de los ángeles;
salve, raíz; salve, puerta
que dio paso a nuestra luz.
Alégrate, Virgen gloriosa,
entre todas la más bella;
salve, oh hermosa doncella,
ruega a Cristo por nosotros.

LA ANTÍFONA MARIANA CUARESIMAL es la menos conocida por el pueblo de Dios. Se sugiere a menudo que Herman Contractus († 1054) fue su autor, ya que escribió varias antífonas marianas en esa época. Esta antífona se canta desde el 2 de febrero, fiesta de la Purificación de la Virgen, hasta el Miércoles Santo. En ella aparece María en todo su esplendor, dignidad y hermosura. Ella recorre el camino con nosotros, incluso en medio del dolor más profundo, al tiempo que comparte el destino glorioso de su Hijo. La antífona invita a orar con María a Jesucristo, redentor y dador de vida.

Los dos apelativos de María como Reina de los cielos y Señora de los ángeles evocan el primitivo uso de esta antífona en la fiesta de la Asunción (15 de agosto). De ahí su matiz escatológico: María recuerda al pueblo de Dios su condición celeste (2 Cor 5,1ss; Flp 3,20; Heb 13,14) y su supremacía sobre los mismos ángeles («Señora de